

Capítulo 1

El capitán Ryland Miller apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos, agotado. Podía ignorar el dolor de cabeza y los cuchillos clavados en el cráneo. Podía ignorar la celda donde estaba. Incluso podía ignorar que, tarde o temprano, cometería un error y sus enemigos lo matarían. Pero no podía ignorar la culpa, la ira y la frustración que crecían en su interior como una ola gigante mientras sus hombres padecían las consecuencias de sus decisiones.

Kaden, no puedo conectar con Russell Cowlings. ¿Tú puedes?

Había convencido a sus hombres para participar en el experimento que los había llevado a las celdas del laboratorio donde ahora vivían. Eran buenos hombres. Leales. Hombres que habían decidido servir a su país y a su pueblo.

La decisión la tomamos todos. Kaden reaccionó ante sus emociones, y aquellas palabras resonaron en la mente de Ryland. *Nadie ha conseguido despertarlo.*

Ryland maldijo en voz baja mientras se frotaba la cara con una mano para intentar relajar el dolor que le provocaba hablar telepáticamente con sus hombres. El vínculo telepático entre ellos se fortaleció en los tiempos en que estuvieron trabajando todos juntos para crearlo, pero sólo varios de ellos podían mantenerlo abierto el tiempo que quisieran. Ryland tenía que hacerlo y su cerebro, con el tiempo, se agotaba ante tan pesada carga.

No toquéis los somníferos que os han dado. Desconfiad de cualquier medicación. Miró la pastilla blanca que estaba encima de la mesita. Le gustaría poder analizar su contenido en un laboratorio. ¿Por qué Cowlings no le había hecho caso? ¿Acaso había aceptado la pastilla con la esperanza de obtener un breve respiro? Tenía que sacar de allí a sus hombres. *No tenemos otra opción, tenemos que enfrentarnos a esta situación como si estuviéramos frente a líneas enemigas.* Inspiró profundamente y soltó el aire muy despacio. Sabía que no le quedaba otra opción. Ya había perdido a demasiados hombres. Su decisión los convertiría en traidores y desertores, pero era la única forma de salvarles la vida. Tenía que encontrar la manera de sacarlos del laboratorio.

El coronel nos ha traicionado. Escapar es la única opción. Reunid información y apoyaos entre vosotros lo mejor que sepáis. Esperad noticias mías.

Percibió las alteraciones a su alrededor, las oscuras olas de disgusto rozando el odio que precedían al grupo que se acercaba a su celda.

Se acerca alguien... Ryland cortó en seco la comunicación telepática con los miembros de su grupo con los que había contactado. Se quedó inmóvil en el centro de la celda y concentró todos sus sentidos en identificar a los individuos que se acercaban.

Hoy era un grupo pequeño: el doctor Peter Whitney, el coronel Higgins y un vigilante de seguridad. A Ryland le hacía gracia que Whitney y Higgins insistieran en que siempre los acompañara un guardia armado a pesar de tenerlo encerrado detrás de unos barrotes y un grueso cristal. Se concentró en mantener el rostro inexpresivo mientras se acercaban a su celda.

Levantó la cabeza, con los ojos grises fríos como el hielo. Amenazantes. No intentó esconder el peligro que suponía. Ellos lo habían creado, ellos lo habían traicionado y quería que estuvieran asustados. Le satisfacía tremendamente saber que lo estaban... y que tenían motivos para ello.

El doctor Peter Whitney encabezaba el pequeño grupo. Whitney, un mentiroso, farsante y creador de monstruos. Era el creador

de los Soldados Fantasma. Creador de aquello en que se habían convertido el capitán Ryland Miller y sus hombres. Ryland se levantó muy despacio, una exhibición de músculo; un gato de la jungla letal que se despereza y enseña las uñas mientras espera en el interior de su celda.

Su mirada helada se concentró en sus caras, se quedó mirándolos, incomodándolos. Unos ojos de ultratumba. Ojos de la muerte. Proyectó aquella imagen deliberadamente y deseó, incluso necesitó, que temieran por sus vidas. El coronel Higgins apartó la mirada, observó las cámaras, la seguridad y comprobó, con evidente preocupación, cómo el grueso cristal se deslizaba sobre los raíles. A pesar de que Ryland seguía estando detrás de los barrotes, Higgins parecía sentirse incómodo sin la segunda barrera, con la incertidumbre de no saber hasta dónde llegaban sus poderes.

El capitán se preparó para el asalto a sus oídos, a sus emociones. El flujo de información no deseada que no podía controlar. El bombardeo de pensamientos y emociones. La nauseabunda depravación y avaricia que ocultaban las máscaras de los que tenía enfrente. Se encargó de mantener su rostro inexpresivo, de no revelar nada, porque no quería que supieran lo mucho que le costaba proteger su receptiva mente.

—Buenos días, capitán Miller —dijo Peter Whitney, con amabilidad—. ¿Cómo se encuentra esta mañana? ¿Ha dormido algo?

Ryland lo miró sin pestañear y tuvo la tentación de derribar las barreras del doctor para descubrir el verdadero carácter que se escondía detrás del muro con el que Whitney protegía su mente. ¿Qué secretos se escondían allí? La única persona que Ryland necesitaba entender y leer estaba protegida por una barrera natural o artificial. Ninguno de los demás, ni siquiera Kaden, había conseguido penetrar en la mente del científico. Whitney estaba tan protegido que no podían obtener ningún dato importante, pero el sentimiento de culpa siempre estaba presente.

—No, no he dormido, pero sospecho que ya lo sabe.

El doctor asintió.

—Ninguno de sus hombres se ha tomado el somnífero. Y veo

que usted tampoco. ¿Hay algún motivo en especial para no hacerlo, capitán Miller?

Las caóticas emociones del grupo le afectaban mucho, como siempre. Al principio, el dolor lo hacía ponerse de rodillas; el ruido en su cabeza era tan fuerte y molesto que su cerebro se rebelaba, castigándole por sus habilidades adquiridas. Ahora era mucho más disciplinado. El dolor seguía ahí, como mil cuchillos clavados en su cerebro, pero ocultaba la agonía detrás de la fachada de calma fría y amenazante. Además, y en definitiva, estaba bien entrenado. Su grupo nunca revelaba sus puntos débiles al enemigo.

—El instinto de supervivencia siempre es un buen motivo —respondió, intentando retener las olas de debilidad y dolor provocadas por la batería de emociones que recibía. Mantuvo el gesto totalmente inexpresivo, sin permitir que vieran lo que le costaba.

—¿Qué coño significa eso? —preguntó Higgins—. ¿De qué nos está acusando ahora, Miller?

Se habían dejado la puerta del laboratorio abierta, algo poco habitual en aquella empresa tan obsesionada con la seguridad, y una mujer entró casi corriendo.

—Siento llegar tarde. ¡La reunión se ha alargado más de la cuenta!

De golpe, el doloroso asalto de ideas y emociones se redujo, se silenció, con lo que Ryland pudo volver a respirar con normalidad. A pensar sin dolor. El alivio fue instantáneo e inesperado. Ryland se concentró en ella, porque se dio cuenta de que, de alguna forma, atrapaba las emociones más intensas y las retenía, casi como un imán. Y no era una mujer cualquiera. Era tan preciosa que lo dejó sin habla. Cuando la miró, Ryland habría jurado que el suelo había temblado bajo sus pies. Miró a Peter Whitney y vio que el doctor estaba observando atentamente sus reacciones ante la presencia de la mujer.

Al principio, se avergonzó de que lo hubiera sorprendido mirándola, pero luego se dio cuenta de que Whitney sabía que la mujer tenía alguna habilidad parapsicológica. Ella reforzaba las habilidades de Ryland y alejaba la carga de pensamientos y emociones variados. ¿Acaso Whitney sabía lo que hacía esa chica? El doctor estaba

esperando una reacción, así que Ryland se negó a satisfacerlo y mantuvo la expresión neutra.

—Capitán Miller, me gustaría presentarle a mi hija, Lily Whitney. La doctora Lily Whitney. —Peter no apartó la mirada de la cara de Ryland—. Le he pedido que se una al equipo. Espero que no le importe.

La sorpresa no podría haber sido mayor. ¿La hija de Peter Whitney? Ryland soltó el aire muy despacio y encogió sus enormes hombros con desinterés, otra exhibición de amenaza. Estaba interesado. En su interior, todo se relajó. Se calmó. Conectó. Observó a la mujer. Tenía unos ojos increíbles, pero cautelosos. Inteligentes. Cultos. Como si ella también lo conociera de alguna forma elemental. Eran de un color azul intenso, como el agua de una piscina clara y fresca. Un hombre podría perder su mente, y su libertad, en unos ojos como esos. Era de una altura media; no era alta, aunque tampoco excesivamente baja. Su figura femenina iba enfundada en un traje gris verdoso de un material que conseguía centrar toda la atención en sus exuberantes curvas. Había entrado con una clara cojera pero, cuando Ryland la miró de arriba abajo, no encontró nada que pudiera indicar una herida. Y, sobre todo, en cuanto vio su cara, cuando entró en la habitación, su alma pareció conectar con la de ella. Reconocerla. La respiración se le relajó y sólo podía mirarla.

Ella también lo estaba mirando y Ryland sabía que la visión no era demasiado tranquilizadora. En el mejor de los casos, parecía un guerrero y, en el peor, un luchador salvaje. Era imposible suavizar la expresión, eliminar las cicatrices de la cara o afeitarse la maraña oscura que le cubría la angulosa mandíbula. Era robusto, de complexión fuerte, y cargaba casi todo el peso de su cuerpo en la parte superior, con el pecho, los brazos, y la espalda muy anchos. Tenía el pelo grueso y negro y, cuando lo dejaba crecer un poco, se le rizaba.

—Capitán Miller —dijo ella, con una voz amable y suave. Sexy. Una mezcla de humor y calor que le atravesó la piel y lo quemó—. Es un placer conocerlo. Mi padre ha pensado que podría ser de utilidad en la investigación. No he tenido tiempo de revisar todos los datos, pero estaré encantada de intentar ayudar.

Ryland nunca había reaccionado de una forma tan intensa ante una voz. Aquel sonido parecía envolverlo en sábanas de seda, frotando y acariciándole la piel hasta que se notó todo sudado. La imagen era tan real que, por un momento, sólo pudo mirarla e imaginar su cuerpo retorciéndose de placer debajo del suyo. En mitad de su lucha por sobrevivir, aquella reacción física lo sorprendió.

Ella se sonrojó, el cuello y las mejillas. Movi6 las largas pestañas de forma acelerada, cerr6 los ojos y luego desvi6 la mirada hacia su padre.

—Esta habitación está muy desprotegida. ¿Quién la diseñ6? Me parece que tiene que ser difícil vivir así, aunque sólo sea un periodo de tiempo breve.

—¿Quiere decir como una rata de laboratorio? —pregunt6 Ryland con voz suave, directamente, porque no quería que creyeran que lo iban a suavizar con la incorporación de la mujer—. Porque eso es lo que soy. El doctor Whitney tiene sus propias cobayas humanas para jugar.

La oscura mirada de Lily se pos6 en él. Arque6 una ceja.

—Lo siento, capitán, Miller, ¿me han informado mal o fue usted mismo quien se ofreció voluntario para el experimento? —Había una nota de desafío en su voz.

—El capitán Miller se ofreció voluntario, Lily —dijo Peter Whitney—. No estaba preparado para los brutales resultados, igual que yo. He intentado encontrar una forma de invertir el proceso pero, hasta ahora, todo lo que he intentado ha fallado.

—Me parece que no es la forma correcta de proceder —intervino el coronel Higgins. Mir6 a Peter Whitney con el ceño fruncido en un gesto de desaprobación—. El capitán Miller es un soldado. Se present6 voluntario para la misión y debo insistir en que llegemos hasta el final. No necesitamos invertir el proceso, necesitamos perfeccionarlo.

A Ryland no le costaba nada leer las emociones del coronel. No quería que Lily Whitney estuviera cerca de él ni de sus hombres. Quería que lo sacaran del laboratorio y le pegaran un tiro. O no, mejor, que lo diseccionaran para poder ver qué había pasado en su

cerebro. El coronel Higgens tenía miedo de Ryland Miller y de los demás soldados de la unidad paranormal. Y destruía todo aquello que temía.

—Coronel Higgens, creo que no entiende lo que están pasando estos hombres, lo que está sucediendo en sus cerebros. —El doctor Whitney abrió un capítulo más de lo que obviamente era una discusión habitual entre ellos—. Ya hemos perdido a varios hombres...

—Conocían los riesgos —respondió Higgens, con la mirada fija en Miller—. Es un experimento importante. Necesitamos a estos hombres en acción. La pérdida de varios de ellos es trágica, pero es aceptable teniendo en cuenta la importancia de lo que pueden hacer.

Ryland no miró al capitán. Mantuvo la brillante mirada fija en Lily Whitney. Sin embargo, su mente buscó y encontró. Y presionó como un torno.

Lily levantó la cabeza de golpe. Susurró una silenciosa protesta. Deslizó la mirada hasta las manos de Ryland. Vio cómo sus dedos se aferraban a un grueso cuello imaginario. Meneó la cabeza, expresó su rechazo.

Higgens tosió. Un sonido áspero. Abrió la boca como si le faltara el aire. Peter Whitney y el vigilante acudieron a auxiliarlo. Intentaron abrirle el rígido cuello de la camisa para ayudarlo a respirar. El coronel se tambaleó y el científico lo sujetó y lo tendió en el suelo con cuidado.

Déjalo. La voz en la mente de Ryland era delicada.

El capitán arqueó la oscura y poblada ceja y su mirada encontró la de Lily. La hija del doctor era telepática. Estaba muy tranquila, mirándolo fijamente, en absoluto intimidada por el peligro que emanaba. Parecía fría como el hielo.

Quiere sacrificar a todos y cada uno de mis hombres. No son prescindibles. Él también estaba tranquilo, sin ceder ni un centímetro.

Es un capullo. Nadie quiere sacrificar a los hombres; nadie los considera prescindibles. Y no merece la pena que usted tenga que cargar con la etiqueta de asesino toda la vida.

Ryland soltó el aire despacio, de forma controlada, y vació los pulmones y la mente. Se volvió, dio la espalda al grupo y caminó por la celda, relajando los dedos muy despacio.

Higgins empezó a toser, con lágrimas en los ojos. Señaló a Ryland con un tembloroso dedo.

—Ha intentado matarme, lo habéis visto todos.

Peter Whitney suspiró y cruzó la habitación, con grandes zancadas, hasta el ordenador.

—Estoy harto de tanto melodrama, coronel. Los sensores de los ordenadores saltan cuando detectan una onda paranormal, y aquí no hay nada. Miller está encerrado en una celda; no ha hecho nada. Y o bien está usted intentando sabotear mi proyecto o bien tiene un problema personal contra el capitán Miller. En cualquier caso, escribiré al general e insistiré en que envíen a otro enlace.

El coronel Higgins volvió a maldecir.

—No pienso hablar más sobre la posibilidad de invertir el proceso, Whitney, y ya sabe lo que opino de la presencia de su hija en el equipo. No necesitamos otro corazón reblandecido en este proyecto; necesitamos resultados.

—Mi permiso de participación, coronel Higgins, es del máximo nivel, así como mi compromiso con este proyecto. No tengo los datos necesarios todavía, pero le aseguro que invertiré el tiempo que sea necesario para encontrar respuestas. —Mientras hablaba, Lily estaba mirando la pantalla del ordenador.

Ryland podía leerle la mente. Lo que veía en la pantalla la extrañaba tanto como lo que su padre estaba diciendo, pero supo protegerse. Levantó un muro sobre la marcha. Tan tranquila y serena como siempre. Él no recordaba la última vez que había sonreído, pero ahora mismo tenía muchas ganas. Siguió dando la espalda al grupo, porque no estaba seguro de poder mantener el gesto neutro mientras Lily mentía al coronel. Lily Whitney no tenía ni idea de lo que estaba pasando allí dentro; su padre le había dado muy poca información y ella se las estaba arreglando como podía. Su aversión hacia Higgins, agravada por el inusual comportamiento de su padre, la habían colocado, de momento, de su lado.

El capitán no tenía ni idea de cuál era el juego de Peter Whitney, pero el doctor estaba acorralado. El experimento para reforzar las habilidades parapsicológicas y crear una unidad de elite había sido su proyecto, su creación. Peter Whitney era el hombre que había convencido a Ryland de que valía la pena participar en aquel experimento, que sus hombres estarían a salvo y que, así, podrían servir mejor a su país. Ryland no podía leerle el pensamiento al doctor, como podía hacer con la mayoría de personas, pero estaba convencido de que fuera lo que fuera lo que tenía en mente, no sería beneficioso para él ni para sus hombres. La *Donovans Corporation* apesataba. Ryland sólo estaba seguro de que *Donovans* se preocupaba por el dinero y el beneficio personal, no por la seguridad nacional.

—¿Puede usted leer los códigos que su padre utiliza en sus notas? —preguntó Higgens a Lily Whitney, olvidándose de repente de Ryland—. Si me lo pregunta, a mí me parecen garabatos. ¿Por qué diablos no escribes en cristiano como todos los seres humanos? —preguntó, irritado, a Peter Whitney.

Ryland se volvió, con la mirada gris pensativa mientras la posaba en el coronel. Había algo, algo que no captaba. Cambiaba, se movía; ideas que se formulaban y crecían. La mente de Higgens parecía una quebrada oscura, llena de giros y curvas, y repentinamente ingeniosa.

Lily se encogió de hombros.

—Crecí leyendo sus códigos; claro que los entiendo.

Ryland percibió la creciente extrañeza de la chica mientras miraba la combinación de números, símbolos y letras en la pantalla del ordenador.

—¿Qué coño haces husmeando en los archivos de mi ordenador privado, Frank? —preguntó Peter Whitney, con la mirada fija en el coronel—. Cuando quiera que leas un informe, ordenaré los datos y lo redactaré con palabras bonitas para que lo entiendas. No tienes por qué meter tus narices en mi ordenador, ni aquí ni en mi despacho. Guardo archivos sobre muchos proyectos y no tienes ningún derecho a invadir mi privacidad. Si tu gente se acerca a mis archivos, haré que te expulsen de *Donovans* tan rápido que no sabrás quién te ha dado la patada en el culo.

—Esto no es tu proyecto personal, Peter —alardeó Higgs frente a todos—. También es el mío y, como tu inmediato superior, no puedes tener secretos conmigo. Tus informes no tienen sentido.

Ryland observó a Lily Whitney. Estaba muy callada, escuchando, asimilando información, recopilando impresiones y absorbiéndolo todo como una esponja. Parecía relajada, pero Ryland la había visto mirar a su padre, esperando una señal, una pista sobre cómo manejar la situación. Pero Whitney no le dio nada, ni siquiera la miró. Lily ocultó su frustración a la perfección. Desvió la mirada hacia la pantalla del ordenador y dejó a los dos hombres con su discusión, otra que parecía que hacía tiempo que duraba.

—Quiero que se haga algo respecto a Miller —dijo Higgs, como si Ryland no estuviera allí.

Para él ya estoy muerto. Ryland susurró las palabras en la mente de Lily Whitney.

Pues mucho mejor para tus hombres y para ti. Presiona a mi padre para tirar el proyecto adelante, no para cancelarlo. No está satisfecho con los descubrimientos y tampoco está de acuerdo en que sea peligroso para vosotros. Lily no apartó la vista de la pantalla ni delató de ninguna forma que se estaba comunicando con él.

No sabe lo tuyo. Higgs no tiene ni idea de que eres telepática. Aquella realidad lo iluminó como la luz de un prisma. Brillante, de colores y llena de posibilidades. El doctor Whitney le estaba ocultando al coronel las habilidades de su hija. Y a la Donovans Corporation. Ryland sabía que tenía munición. Información con la que podía negociar con el doctor Whitney. Algo que quizá podría salvar a sus hombres. La emoción debió de reflejarse en su mente, porque Lily se volvió y le lanzó una mirada fría y pensativa.

Peter Whitney hizo una mueca al coronel Higgs, exasperado.

—¿Quieres que se haga algo? ¿Qué significa eso, Frank? ¿Qué tenías pensado? ¿Una lobotomía? El capitán Miller ha realizado todas las pruebas que le hemos pedido. ¿Tienes algún motivo personal para odiar al capitán? —La voz del doctor fue un latigazo de desprecio—. Capitán Miller, si mantiene una relación sentimental con la hija del coronel Higgs debería habérmelo dicho de inmediato.

Lily arqueó las oscuras cejas. Ryland percibió lo mucho que se estaba divirtiendo. Su risa fue dulce y contagiosa, aunque su expresión no revelaba nada acerca de sus pensamientos.

¿Y bien? ¿Eres un Donjuán?

Lily desprendía algo pacífico y sereno, algo que invadía el aire que respiraban. Su mano derecha, Kaden, era igual: reducía las terribles interferencias y sintonizaba las frecuencias para que todos estuvieran listos, alerta y dispuestos para cualquier otro independientemente de sus talentos. Aunque seguro que su padre no había experimentado con ella. La mera idea le revolvió el estómago.

—Ríete lo que quieras, Peter —se burló el coronel—, pero no te reirás tanto cuando la ley caiga sobre Donovans Corporation y el gobierno de Estados Unidos te persiga por arruinar el experimento.

Ryland ignoró a los hombres. Nunca se había sentido tan atraído por una mujer, ni por ninguna otra persona, pero quería que Lily se quedara en la habitación. Necesitaba que se quedara en la habitación. Y no quería que ella formara parte de la conspiración que amenazaba su vida. Parecía ajena a todo eso, pero su padre era uno de los principales titiriteros del juego.

Mi padre no es ningún titiritero. Su voz sonó indignada y altiva, como la de una princesa dirigiéndose a un súbdito.

Ni siquiera sabes lo que está pasando aquí así que, ¿cómo sabes qué y qué no es? Fue más brusco de lo que pretendía pero Lily se lo tomó bien; no le respondió pero frunció el ceño frente a la pantalla del ordenador.

No habló con su padre, pero Ryland percibió su acercamiento a él como un ligero intercambio entre ellos. Fue más percibido que presenciado, y Ryland notó cómo la preocupación de Lily se acentuaba. Su padre no le dijo nada; sólo acompañó al coronel Higgins hacia la puerta.

—¿Vienes, Lily? —preguntó el doctor, deteniéndose justo en el pasillo.

—Quiero estudiar algunas cosas —respondió ella, señalando el ordenador—, y así el capitán Miller tendrá la oportunidad de ponerme al corriente de su situación.

Higgins se volvió de golpe.

—No creo que sea buena idea que se quede a solas con él. Es un hombre peligroso.

Ella lo miró con la frialdad habitual y dibujando un arco perfecto con la ceja. Miró al coronel por encima de su hombro aristocrático.

—¿No acaba de afirmar que las instalaciones eran seguras, coronel?

El coronel Higgins volvió a maldecir y salió de la habitación. Cuando el padre de Lily lo siguió, ella se aclaró la garganta.

—Si quieres mi opinión, creo que será mejor que discutamos este proyecto largo y tendido.

El doctor Whitney la miró, con el rostro impasible.

—Nos veremos en Antonio's para cenar y podemos hablar de lo que quieras después de comer. Quiero tus propias impresiones.

—¿Basadas en...?

Ryland no percibió ni una nota de sarcasmo, pero sabía que estaba en su mente. Ella se sentía furiosa con su padre, aunque él no sabía por qué. Esa parte de su mente era inaccesible; estaba escondida detrás de un muro alto y grueso que Lily había levantado para mantenerlo fuera.

—Repasa mis notas, Lily, a ver qué conclusiones sacas del proceso. Quizá veas algo que yo he pasado por alto. Quiero un punto de vista fresco. Puede que el coronel Higgins tenga razón. Quizás haya una forma de continuar sin tener que invertir lo que hemos hecho hasta ahora. —Peter Whitney rehuyó la mirada de su hija, pero se volvió hacia Ryland y le preguntó—: ¿Debo dejar un guardia armado en la habitación con mi hija, capitán?

Ryland observó la cara del hombre que había abierto las compuertas de su cerebro para que recibiera estímulos en exceso. No vio malicia, únicamente una preocupación sincera.

—No soy ninguna amenaza para los inocentes, doctor Whitney.

—Su palabra me basta. —Y, sin mirar a su hija, el doctor salió de la habitación y cerró la puerta del laboratorio con firmeza.

Ryland era tan consciente de la presencia de Lily que, de hecho, percibió cómo la chica vaciaba el aire de los pulmones muy despacio cuando la puerta del laboratorio se cerró. Esperó el tiempo que duraba un latido del corazón. Otro.

—¿No me tiene miedo? —preguntó, hablándole por primera vez. Su voz resultó ser más ronca de lo que le habría gustado. Nunca había tenido demasiada suerte con las mujeres y Lily Whitney estaba fuera de su alcance.

Ella no lo miró, y siguió contemplando los símbolos de la pantalla del ordenador.

—¿Por qué iba a tenerlo? No soy el coronel Higgens.

—Hasta los técnicos del laboratorio me tienen miedo.

—Porque usted quiere y lo proyecta, reforzando sus propios miedos. —Su tono de voz delataba un mínimo interés en su conversación, puesto que su mente estaba concentrada en los datos de la pantalla—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Él se volvió, se aferró a los barrotes y los apretó.

—¿La incorporan al equipo y ni siquiera sabe cuánto tiempo llevamos encerrados en este agujero mis hombres y yo?

Ella volvió la cabeza. Varios mechones se soltaron del recogido alto que llevaba y le cayeron sobre la cara. Incluso bajo la luz azulada del laboratorio, el pelo se veía reluciente y brillante.

—No sé absolutamente nada acerca de este experimento, capitán. Nada. Estamos en las instalaciones más seguras de la empresa y, aunque me han concedido el permiso de acceso, esto no es mi campo de especialidad. El doctor Whitney, mi padre, me ha pedido que asistiera a la reunión y me han concedido el permiso. ¿Tiene algún problema con eso?

Ryland estudió la belleza clásica de su rostro. Pómulos altos, pestañas altas, boca seductora... no salían así a menos que nacieran ricas y rodeadas de privilegios.

—Seguro que tiene una doncella inmigrante, cuyo nombre ni siquiera recuerda, que le recoge la ropa cuando usted la deja tirada en el suelo del baño.

Aquello provocó que ella le prestara toda su atención. Cubrió la

distancia que separaba el ordenador y la celda a paso lento y pausado, con lo que él se centró en su cojera. A pesar del balanceo, sus movimientos eran gráciles. Lily conseguía que todas las células del cuerpo de Ryland fueran conscientes de que eran un hombre y una mujer.

Lily le hizo un gesto con la barbilla.

—Imagino que no le enseñaron modales, capitán Miller. Yo no dejo la ropa tirada en el suelo del baño. La cuelgo en el armario.

—Miró detrás de él, a la ropa que había en el suelo de la celda.

Por primera vez en su vida, una mujer le hizo pasar vergüenza. Estaba haciendo el ridículo. Hasta los tacones de aguja que llevaba tenían clase. Eran sexys, pero con clase.

Ella dibujó una sonrisa.

—Sí, está haciendo el ridículo —añadió ella—, pero, por suerte para usted, soy indulgente. Los elitistas lo aprendemos a una edad muy temprana, cuando nos ponen la cuchara de plata en la boca.

Ryland estaba avergonzado. Quizá nació en el lado incorrecto de la carretera, en el proverbial aparcamiento de caravanas, pero su madre le habría dado un buen tirón de orejas por ser tan maleducado.

—Lo siento, no tengo excusa.

—No, no la tiene. La mala educación nunca tiene excusa —Lily paseó por delante de la celda, realizando un pausado examen del habitáculo—. ¿Quién ha diseñado las celdas?

—Construyeron varias a toda prisa cuando decidieron que éramos demasiado peligrosos y suponíamos una amenaza demasiado grande como grupo. —Habían separado y repartido a sus hombres por todas las instalaciones. Sabían que el aislamiento estaba empujando a pasarles factura. Aquel escrutinio constante era agotador y temía no poder mantenerlos unidos. Ya había perdido a varios; no estaba dispuesto a perder a ninguno más.

La celda se había diseñado especialmente a partir del miedo a sufrir represalias. Ryland sabía que tenía los días contados; era un temor que se había ido afianzando a lo largo de las últimas semanas. Habían levantado el grueso cristal antibalas alrededor de su celda intentando evitar que se comunicara con los demás.

Se había presentado voluntario para el experimento y había convencido a los demás. Ahora estaban encerrados, eran objeto de estudio y observación y los utilizaban para todo menos para el objetivo inicial. Varios hombres habían muerto ya y los habían disecado como a insectos para «estudiar y entender». Ryland tenía que sacar a los demás de allí antes de que les sucediera algo más. Sabía que Higgens tenía pensado eliminar a los más fuertes. Estaba convencido de que lo haría simulando un «accidente», y si no encontraba la manera de liberarlos, sabía que ese día llegaría. Higgens tenía sus propios planes y quería utilizar a los hombres para obtener un beneficio personal, algo que no tenía nada que ver con el ejército y el país a los que se suponía que tenía que servir. Aun así, tenía miedo de no poderlo controlar todo, y él no estaba dispuesto a perder a sus hombres a manos de un traidor. Sus hombres eran su responsabilidad.

Esta vez tuvo más cuidado y habló con más calma, intentando que las acusaciones y la culpa que él colocaba enteramente sobre los hombros del padre de la chica no atravesaran sus pensamientos, por si ella podía leerlos. Tenía unas pestañas increíblemente largas, una decoración que lo fascinaba. Se la quedó mirando, incapaz de evitar parecer un auténtico idiota. Ahí plantado, convertido en una auténtica cobaya humano, y con sus hombres en peligro, no se lo ocurría nada más que ponerse a pensar en una mujer. En una mujer que perfectamente podía ser su enemigo.

—¿Sus hombres están encerrados en celdas similares? No me han facilitado esa información. —Habló en un tono neutral, pero no le gustó. Ryland percibió la ira que estaba intentando controlar.

—Hace semanas que no los veo. No nos permiten comunicarnos. —Señaló la pantalla del ordenador—. Eso es una fuente constante de irritación para Higgens. Apuesto a que su gente ha intentado descifrar el código de su padre, incluso han utilizado el ordenador, pero no han debido poder. ¿De verdad que puede leerlo?

Ella dudó unos segundos. Fue casi imperceptible, pero él notó su repentina inmovilidad y su mirada incisiva no se apartó de su cara.

—Mi padre siempre ha escrito en código. Pienso con patrones matemáticos y, de pequeña, era una especie de juego. Cambiaba el código a menudo para que me entretuviera. Mi mente... —Dudó un segundo, como si estuviera sopesando sus opciones meticulosamente. Estaba decidiendo hasta qué punto podía sincerarse con él. Él quería la verdad y, en silencio, deseó que se la ofreciera.

Lily no dijo nada durante un rato, lo miró fijamente y luego apretó los labios. Levantó la barbilla unos milímetros, pero él estaba observando cada expresión, cada matiz, y se dio cuenta. Se dio cuenta de lo mucho que le costó decir la verdad.

—Mi mente necesita estimulación constante. No sé explicarlo de otra manera. Si no tengo algo complejo en qué trabajar, tengo problemas.

Ryland percibió el destello de dolor en sus ojos; fue breve pero lo vio. El doctor Whitney era uno de los hombres más ricos del mundo. Y todo ese dinero podía haber dado a su hija toda la confianza del mundo, pero no quitaba que fuera un bicho raro... como él. Y como sus hombres. Eso en lo que su padre los había convertido. Soldados Fantasma, esperando que la muerte los golpeará, cuando deberían haber sido un grupo de elite que defendiera al país.

—Dígame una cosa, Lily Whitney. Si ese código es real, ¿cómo es que el ordenador no puede descifrarlo? —preguntó Ryland en voz baja para que quien quiera que los estuviera escuchando no oyera la pregunta, aunque no apartó los ojos de su mirada, pues no quería que ella la desviara.

Lily no cambió de expresión. Estaba tan serena como siempre. Tenía un aspecto increíblemente elegante incluso en el laboratorio. Parecía tan fuera de su alcance que a Ryland le dolía el corazón.

—He dicho que siempre ha escrito con código, no que entendiera éste. Todavía no he tenido la oportunidad de estudiarlo.

Tenía la mente tan bloqueada que Ryland sabía que le estaba mintiendo. Él arqueó una ceja.

—¿En serio? Bueno, pues tendrá que dedicarle muchas horas porque, por lo visto, nadie parece entender cómo su padre consiguió mejorar nuestras habilidades parapsicológicas. Y tampoco tienen ni idea de cómo hacerlas desaparecer.

Ella alargó un brazo con gracia, casi de forma espontánea, y se agarró al extremo de la mesa. Apretó tanto que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Mejoró sus habilidades naturales? —De inmediato, su mente empezó a analizar esa información como si fuera una pieza de un rompecabezas y hubiera empezado a entender cómo iba.

—La ha hecho venir sin decirle nada de esto, ¿verdad? —la desafió Ryland—. Nos pidieron que realizáramos pruebas especiales...

Ella levantó la mano.

—¿A quién se lo pidieron y quién se lo pidió?

—Casi todos mis hombres forman parte de las Fuerzas Especiales. Se pidió a hombres de las distintas especialidades que se sometieran a pruebas de habilidad parapsicológica. Además de estas habilidades, había que cumplir ciertos criterios: edad, horas y tipo de entrenamiento de combate, capacidad de trabajar bajo presión o de trabajar largos periodos de tiempo incomunicados del mando superior, factores de lealtad. La lista era interminable pero, sorprendentemente, se presentaron varios voluntarios. El ejército lanzó una invitación especial para que se presentaran. Y, por lo que tengo entendido, los cuerpos policiales hicieron lo mismo. Buscaban un grupo de elite.

—¿Y de esto cuánto tiempo hace?

—La primera vez que oí hablar de esto fue hace cuatro años. Llevo un año encerrado en los laboratorios Donovans, pero todos los reclutas que consiguieron entrar en la unidad, incluyéndome a mí, entrenamos juntos en otras instalaciones. Por lo que sé, siempre nos mantuvieron juntos. Querían que formáramos un grupo unido. Practicamos técnicas de combate aplicando las habilidades parapsicológicas. La idea era conseguir un grupo de ataque que pudiera entrar y salir sin que lo vieran. Podrían usarnos contra los cárteles de la droga, terroristas, e incluso contra un ejército enemigo. Y llevamos en ello más de tres años.

—Una idea descabellada. ¿A quién se le ocurrió?

—A su padre. Se le ocurrió a él, convenció a los de arriba de que se podía hacer y me convenció a mí y al resto de mis hombres de que

así conseguiríamos un mundo mejor. —Había una gran carga de amargura en la voz de Ryland.

—Obviamente, algo salió mal.

—La avaricia salió mal. Donovans recibe subvenciones del Estado. Peter Whitney prácticamente es el dueño de esta empresa. Imagino que no tiene bastante con el millón o los dos millones de dólares que guarda en el banco.

Ella esperó unos segundos antes de responder.

—Dudo que mi padre necesite más dinero, capitán. La cantidad que dedica a obras de caridad cada año bastaría para alimentar a un estado entero. No sabe nada de él, de modo que le sugiero que se guarde su opinión hasta que sepamos todo lo que ha pasado. Y, para que conste, son dos mil millones. Esta empresa podría irse a pique mañana mismo y él no cambiaría en nada su estilo de vida. —No levantó la voz lo más mínimo, pero estaba cargada de pasión e intensidad.

Ryland suspiró. La intensa mirada de Lily no había dudado ni un momento.

—No tenemos contacto con nuestra gente. Toda comunicación con el exterior debe pasar por el filtro de su padre o del coronel. No podemos opinar con respecto a lo que nos están haciendo. Hace un par de meses, uno de mis hombres murió y nos mintieron sobre las causas de la muerte. Murió a consecuencia directa de este experimento y la mejora de sus habilidades: su cerebro no pudo con la sobrecarga y el constante flujo de información. Dijeron que había sido un accidente en el campo de batalla. En ese momento fue cuando cortaron la comunicación con cualquier mando superior y nos separaron. Estamos aislados desde entonces. —Ryland la miró con la mirada oscura, furiosa, desafiándola a llamarlo mentiroso—. Y no fue la primera muerte pero juro por Dios que será la última.

Lily se echó el suave pelo hacia atrás con una mano, algo que suponía el primer signo de agitación y que provocó que varias horquillas se le soltaran y que algunos mechones le resbalaran encima de la cara. Se quedó en silencio mientras su cerebro procesaba la información, a pesar de que se negaba a aceptar las acusaciones y las implicaciones sobre su padre.

—¿Sabe exactamente qué mató al hombre de su unidad? ¿Y sabe si el resto corre el mismo peligro? —Hizo la pregunta con calma y en una voz tan baja que casi se quedó en su mente.

Ryland también respondió en voz baja para no arriesgarse a que los vigilantes escucharan su conversación.

—Su cerebro estaba completamente abierto, asaltado por todo aquello con lo que entraba en contacto. No podía cerrarlo. Funcionamos como grupo porque un par de los hombres son como usted. Bloquean los ruidos y las emociones del resto de nosotros. Entonces somos poderosos y funcionamos. Pero, sin ese imán... —dejó la frase en el aire y se encogió de hombros—, es como si nos lanzaran trozos de cristal o cuchillas al cerebro. Se rompió; ataques, derrames cerebrales... lo que usted quiera. No fue una visión agradable y no me gustó el futuro que nos auguraba. Ni a los demás miembros de la unidad.

Lily se apretó las sienes y, por un momento, Ryland tuvo la sensación de un dolor intenso. Tensó el gesto y entrecerró los ojos.

—Ven aquí. —Había experimentado una reacción física real al verla sufrir. Se le había hecho un nudo en el estómago. Todos los instintos protectores y masculinos de su cuerpo despertaron y le transmitieron una inmediata necesidad de tranquilizarla.

Los enormes ojos azules de Lily se mostraron cautelosos.

—No toco a la gente.

—Porque no quieres saber cómo son en realidad por dentro, ¿verdad? Tú también lo sientes. —Estaba horrorizado al pensar que su padre también hubiera experimentado con ella. *¿Desde cuándo eres telepática?* Es más, no quería pensar en la idea de no poder tocarla nunca. De no poder sentir su piel bajo sus dedos, su boca pegada a la suya. La imagen era tan real que casi podía saborearla. Hasta su pelo suplicaba que lo tocaran; una gruesa masa de seda que pedía a gritos que sus dedos liberaran el resto de horquillas y la inspeccionara.

Lily se encogió de hombros, pero sus pómulos se sonrojaron ligeramente. *Toda la vida. Y sí, puede ser muy incómodo conocer los secretos más oscuros de las personas. He aprendido a vivir con deter-*

minados límites. Quizá mi padre se interesó por los fenómenos parapsicológicos porque quería ayudarme. Fuera por el motivo que fuera, te aseguro que no tuvo nada que ver con el beneficio económico personal. Soltó el aire lentamente.

—Qué horrible debió ser para usted perder a cualquiera de sus hombres. Deben de estar muy unidos. Espero encontrar la manera de ayudarlos.

Ryland percibió su sinceridad. Pero, a pesar de sus protestas, seguía sospechando de su padre. *¿El doctor Whitney tiene habilidades parapsicológicas?* Sabía que había estado emitiendo sus fantasías sexuales con demasiada fuerza, pero no parecía alterada y soportaba perfectamente la intensidad de la química que se había creado entre ellos. Y sabía que la química era por ambas partes. Tenía el repentino deseo de sacudirla, de atravesar la barrera de la frialdad, aunque sólo fuera una vez, y comprobar si, debajo del hielo, ardían llamas. Aquello era terrible en medio de la situación en la que estaba metido.

Lily meneó la cabeza mientras le respondía. *Hemos realizado algunos experimentos y conectado por telepatía algunas veces bajo condiciones extremas, pero el anclaje recaía exclusivamente en mí. Debo de haber heredado el talento de mi madre.*

—Cuando lo tocas, ¿puedes leerlo? —preguntó Ryland en voz baja, curioso. Se dijo que los hombres no habían evolucionado tanto desde las cavernas. La atracción hacia ella era pura, apasionada y superaba cualquier experiencia que hubiera tenido hasta ahora. Era incapaz de controlar la reacción de su cuerpo. Y ella lo sabía. A diferencia de él, ella parecía distante y tranquila, mientras que Ryland estaba muy alterado. Ella continuó con la conversación como si él no fuera un incendio ardiendo sin control. Como si la sangre no le hirviera y como si su cuerpo no estuviera tenso y desesperado. Como si ni siquiera se hubiera dado cuenta.

—Muy pocas veces. Es una de esas personas con barreras naturales. Y creo que es porque cree muy firmemente en el talento parapsicológico, mientras que la mayoría no comparte la creencia. Al ser plenamente consciente de eso todo el tiempo, seguramente ha

aprendido a levantar una barrera natural. He descubierto que hay mucha gente con barreras de distintos niveles. Algunas parecen imposibles de franquear mientras que otras son más endebles. ¿Y usted? ¿Ha descubierto lo mismo? Es un telépata muy fuerte.

—Ven aquí conmigo.

Ella desvió la mirada azul hacia él. Rechazó su ofrecimiento.

—No, capitán Miller. Tengo demasiado trabajo pendiente.

—Eres una cobarde —respondió él, en voz baja, comiéndose la con la mirada.

Ella levantó la barbilla y lo miró con su altivez de princesa.

—No tengo tiempo para sus juegucitos, capitán Miller. Sea lo que sea lo que crea que está pasando, es mentira.

Ryland deslizó la mirada hasta su boca. Tenía una boca perfecta.

—No es mentira.

—Ha sido interesante conocerlo —respondió Lily, dio media vuelta y se alejó de él sin prisas. Con la misma frialdad de siempre.

Ryland no protestó, pero observó cómo se iba sin mirar hacia atrás. Quería que se volviera, pero no lo hizo. Y no cerró la barrera de cristal que encerraba la celda. Eso lo dejó para los vigilantes.